
Orígenes y Fuentes de Conocimiento

Silverio Lanza

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7306

Título: Orígenes y Fuentes de Conocimiento

Autor: Silverio Lanza

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 28 de diciembre de 2021

Fecha de modificación: 28 de diciembre de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Orígenes y Fuentes de Conocimiento

En el Retiro, y en una mañana de verano, se disponía á suicidarse míster Rake. Pero el inglés propone y el español dispone, y Pedro Yélamos dispuso que míster Rake no se suicidase.

—Usted perdonará, pero llevo un rato contemplándole, y se me figura que proyecta usted un desatino.

—¿Es usted agente de policía?

—No, señor; soy tipógrafo.

—Entonces, ¿qué le importa á usted?

—Pero, ¿es que sólo tienen corazón los polizontes?

—Esta no es cuestión de corazón.

—Me parece.

—Es cuestión de orden público.

—Y de caridad, porque yo no debo consentir que usted se mate.

—Pero, ¿á usted qué le importa?

—No lo sé con exactitud, pero no lo consiento.

—Ustedes no tienen libertad.

—En eso estamos conformes.

—Yo tengo derecho á matarme.

—No lo sé.

—Y usted no tiene derecho á interrumpirme.

—Tampoco lo sé.

—Pues, entonces...

—Interrumpo porque quiero; no conozco la ley, aunque la he compuesto, pero si no tengo derecho me lo tomo.

—Es una arbitrariedad.

—¿Lleva usted mucho tiempo en España?

—Tres meses.

—Se le conoce á usted, porque le extraña muchas cosas.

—Este pais me ha perdido.

—No lo crea usted; aquí las cosas cambian de dueño, pero nunca se pierden.

—Yo era rico.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque los pretéritos siempre son enojosos á los presentes.

—Y era feliz.

—Otro pretérito.

—Creía en el amor.

—Eso nos ha pasado á todos.

—Me parece que usted me interrumpe con frecuencia.

—Perdone usted; pero antes iba usted á interrumpirse más bruscamente.

—Y lo haré.

—O no, porque, según veo, no tiene usted motivos para matarse. Usted ha tenido dinero y ha creído en el amor, y, por consiguiente, ha sido usted lo más felizmente tonto que es posible serlo en la tierra. Ahora le toca á usted ser sabiamente desgraciado, y no deje de serlo, porque todas las situaciones tienen sus encantos.

—¿Usted es feliz?

—Me falta muy poco.

—¿Qué le falta?

—Seis reales para comer hoy.

—¿Usted pide limosna?

—La limosna no es lo que piden los pobres; la limosna es lo que dan los ricos.

—No entiendo.

—Pues no se suicide usted hasta que entienda estas cosas.

—No, si ya no me suicido. He visto que es posible ser feliz con seis reales, y los tengo.

—¿Tiene usted doce?

—Sí, señor.

—Pues seremos felices los dos.

—Por hoy solamente.

—Ea, si tuviésemos un capital que nos asegurase tres pesetas diarias...

—Yo lo tengo para asegurar dos duros.

—¿Y se llamaba usted pobre?

—He sido muy rico.

—¿Y creía usted en el amor teniendo tanto dinero?

—¿Por qué no?

—Porque en eso solamente puede creer el que no tiene qué dar.

—Usted es pesimista.

—No diga usted tonterías; yo soy un optimista de á seis reales.

—¿Usted cree posible una felicidad tan barata?.

—Sí, señor; la felicidad es como la ropa; la hay de muchos precios, y siempre es agradable cuando está hecha á la medida.

—Yo tuve la mía.

—Aquello no era felicidad, era un colchón puesto sobre el estómago; abrigaba desigualmente y pesaba mucho. Cuando se lo ha quitado usted de encima...

—Yo, no, señor; ella es quien se ha marchado con un chulo.

—¿Era inglesa?

—Española; la conocí en Burdeos.

—¡Valiente sinvergüenza!

—Ofende usted á una dama y á una compatriota.

—Está usted equivocado; ni las damas se van con los chulos, ni mi patria se entrega á los ingleses.

—¿Cómo se llama usted?

—Pedro Yélamos.

—Pues, bien, señor Yélamos, guarde usted este revólver, porque ya no me suicido.

—Si á usted le parece bien, lo empeñaremos.

—Guárdelo usted como recuerdo mío.

—Es igual, guardaré la papeleta.

Pedro Yélamos era un tipógrafo de cuerpo entero, pero no le convenía trabajar á jornal, ni haciendo remiendos, ni como corrector, ni como regente. Prefería ser cajista, pasar una década levantando letra con rapidez vertiginosa, y pasar después dos semanas filosofando á gusto.

Durante un año marchó la sociedad perfectamente. Con los restos de la fortuna del inglés se aseguraron ambos socios una renta de seis pesetas por individuo.

Yélamos filosofaba. Su consocio recordaba con indiferencia su esplendidez en los pasados tiempos, sus conquistas, sus carruajes y sus orgías. Pedro aseguraba que su filosofía era la gran panacea, porque era producto de la observación, y míster Rake aseguraba que la observación no es el único origen de conocimientos.

—Me encuentro bien, pero dudo si algún día intentaré suicidarme.

—¡Ah, mister!... jure usted que lo hará con su antiguo revólver.

—Lo juro.

—Pues entonces viva usted tranquilo, porque la papeleta no saldrá de mi poder.

Un día, los dos socios vieron en un bonito coche á la señorita Eloisa, la antigua amada de míster Rake. Esta joven volvía de Gibraltar con otro inglés, porque, en saliendo de España, se encuentran ingleses en el Norte y en el Mediodía.

Eloisa no conoció á su examante, ó fingió no conocerle. Yélamos se quedó admirado, y convino en que por una mujer así se deben perder todas las islas británicas. El inglés continuó impasible; quizá le halagase la idea de que Inglaterra no había perdido nada de sus dominios.

Pero desde entonces la sociedad Yélamos y compañía fué cambiando, porque Pedro se aficionó poco á poco á subir á los círculos de recreo en busca de nuevas, y como éstos acudiesen con alguna frecuencia al llamamiento de Pedro, decidióse éste á cometer el acto patriótico de engañar á un inglés de Gibraltar ya que no le era posible apoderarse de aquella plaza fuerte. Pero convino al mismo tiempo en que no era decoroso burlar á míster Rake, y se separó de éste.

Empeñóse el inglés en que Yélamos debía llevarse la parte del capital social que le correspondía, pero cogió al español en día de nuevas, y Pedro se negó terminantemente á aceptar ninguna cantidad.

—Siquiera como recuerdo mío.

—Ya tengo el revólver, cuya papeleta conservo.

—Dios le haga á usted feliz.

Todo lo dicho me lo contó mister Rake, y añadió:

—Ya ve usted como el pobre Pedro estaba equivocado; la observación no es el único origen de conocimientos.

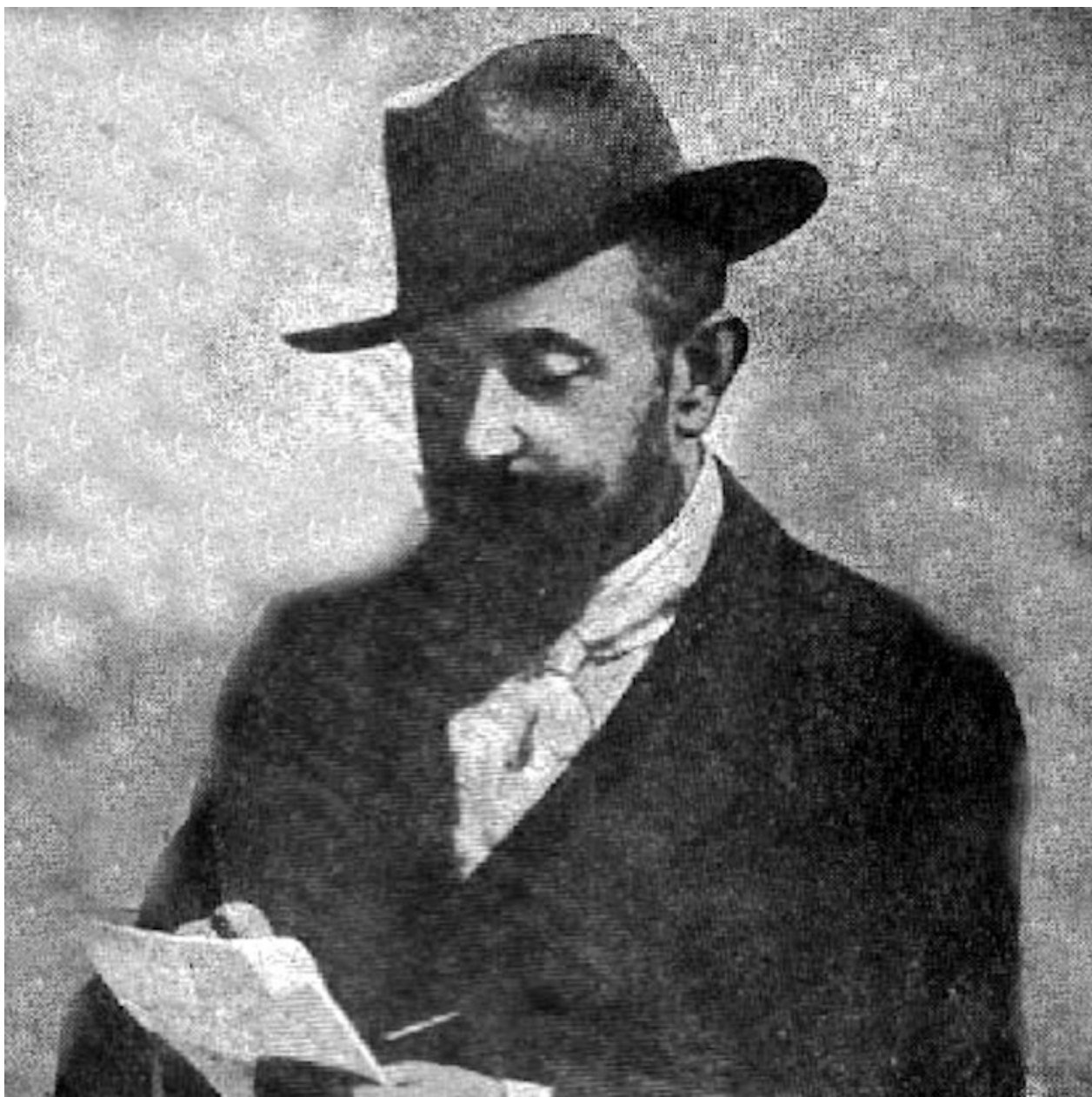
—¿Por qué?

—Pues acabó por desempeñar el revólver y pegarse un tiro. Yo continuó tan tranquilo como siempre.

—Ya lo veo.

—Porque los orígenes y fuentes de conocimientos son la observación y la experiencia.

Silverio Lanza



Juan Bautista Amorós y Vázquez de Figueroa (Madrid, 1856-Getafe, 1912), más conocido por su seudónimo Silverio Lanza, fue un escritor español.

Hijo de una familia acaudalada, ingresó en la Marina, abandonando muy pronto su profesión para dedicarse a la actividad de escritor, mientras realizaba frecuentes viajes a Madrid para ver a su familia y amigos.

Asistió a la tertulia literaria del Café Madrid, a homenajes y conferencias, al Palacio de la Bolsa y viajaba a Barcelona, Valencia y a sus posesiones agrícolas en Bujalance. Criticó el caciquismo en "Ni en la vida ni en la muerte" y fue procesado. Para Rubén Darío fue «un cuentista muy original», con Segundo Serrano Poncela considerándolo años más tarde «un raro». Residió en Getafe desde 1887 hasta su muerte. Falleció el 30 de abril de 1912 en su domicilio getafense.

Su primera obra, "El año triste" (1880), originó un gran impacto en el ambiente literario y fue considerada como una de las publicaciones más importantes de ese año. Poseedor de un estilo muy moderno, de un insólito sentido del humor y de gran agudeza crítica, cultivó la novela naturalista en "Mala cuna y mala fosa" (1883), "Ni en la vida ni en la muerte" (1890), "Artuña" (1893) y "La rendición de Santiago" (1907). Otros títulos incluyen "Cuentecitos sin importancia" (1888), "Cuentos políticos" (1890), la novela autobiográfica "Desde la quilla hasta el tope" (1891) y "Antropocultura". Quizá sea esta última la obra más importante de su producción y en la que mejor reflejó su pensamiento.

Sus obras suscitaron la admiración de los jóvenes escritores de la generación del 98, como Baroja, Azorín, Maeztu y, sobre todo, de Ramón Gómez de la Serna, quien editó sus obras en 1918. Como gesto de agradecimiento a los autores que le admiraban, escribió "Cuentos para mis amigos" (1892), relato corto que destaca por su comicidad.